

REGADIO Y CONFLICTO EN SOCIEDADES ACEFALAS*

por

ANTONIO GILMAN GUILLÉN

El sureste de España posee la secuencia prehistórica más rica de la Península Ibérica y una de las más ricas de Europa. El registro arqueológico de las culturas de Almería, Los Millares, y El Argar, del Neolítico al Bronce, demuestra una serie de cambios progresivos muy bien señalados, cuyas tendencias principales son las siguientes (cf. Gilman & Thornes 1984, Molina González 1983): 1) el aumento en la especialización de la producción (demostrado en el desarrollo de la metalurgia); 2) el aumento del militarismo, tanto en la práctica (véase el desarrollo de las defensas de los poblados) como en la ideología (véanse las armas que constituyen una parte esencial del vocabulario ritual de las sepulturas del Bronce); 3) el aumento en las diferencias de riqueza dentro de las comunidades (demostrado por la cada vez mayor diferenciación de los ajueres funerarios). Estas últimas novedades suelen considerarse razonablemente indicios de un cambio desde un sistema de organización social más igualitario hacia un sistema más estratificado. Existe menos unanimidad, sin embargo, sobre los procesos que podrían explicar estos cambios.

Desde Siret (1906) hasta muy recientemente, la explicación predominante de tales transformaciones ha sido la difusión de rasgos culturales desde los centros civilizados y poderosos del Mediterráneo oriental, para quienes la Península Ibérica habría sido una parte del "Tercer Mundo" de la época. Las razones por las cuales esta teoría ya no es aceptable han sido resumidas en varios trabajos recientes (cf. Chapman 1975, Ramos Millán 1981, y C. Renfrew 1967, entre otros) y no tienen por qué ser repetidas aquí. Las tentativas de construir una alternativa al difusionismo tradicional han sido de carácter evolucionista. Los escenarios concretos propuestos por los distintos investigadores recientes del tema varían en sus detalles, pero todos coinciden en que el desarrollo social de las culturas prehistóricas del sureste

* Una primera versión de este artículo fue presentada en la reunión anual de la Asociación Americana de Antropología, en Chicago en diciembre de 1983.

dependería de su correspondiente desarrollo económico. Dentro de las sociedades autosuficientes del Neolítico el problema económico fundamental es la alimentación. Por lo tanto, los ensayos teóricos de carácter evolucionista deben centrarse sobre el desarrollo de la agricultura y la ganadería de las culturas prehistóricas del sureste.

ECONOMIA

Una paradoja que puede servirnos para enfocar nuestro trabajo de una manera útil es que el desarrollo de las culturas de Los Millares y de El Argar, entre las más ricas de sus respectivas épocas en toda Europa, tiene lugar en la zona más árida del continente y en una de las más pobres. Las zonas costeras de las provincias de Almería y Murcia están a sotavento de las sierras del sistema Bético: a menos de 500 m. de altura las precipitaciones anuales varían entre 400 y 200 mm; entre nueve y once meses del año tienen un déficit entre la evapotranspiración actual y la potencial (Geiger 1973). Bajo estas circunstancias hoy en día el cultivo de secano se practica de una manera oportunista en los pocos años de lluvia suficiente (Vilá Valentí 1961), y la producción agrícola estable depende del regadío y de otras inversiones de trabajo en la tierra. Por contraste las zonas del interior del sureste, donde el desarrollo millarense y argárico es menos precoz y complejo, tienen un medioambiente mucho más favorable a la producción agrícola. Las precipitaciones anuales son mayores (entre 400 y 600 hasta 1.500 mm. en las zonas más altas de las sierras) y varían menos de año en año; los ríos son de caudal permanente en vez de efímero y los manantiales también son más abundantes y estables. Como estos contrastes climáticos tienen su causa en la orografía general de la región, no es de suponer que las diferencias que existen hoy entre los climas de la Alta Andalucía y las zonas costeras del sureste hubiesen sido insignificantes durante la época del Neolítico al Bronce. Sin embargo, el contraste entre la riqueza cultural y la pobreza medioambiental del sureste árido ha sido en general menospreciado. Para la mayoría de los investigadores los contrastes climáticos han sido de poco interés: dentro de sus esquemas teóricos la historia importante del hombre sería la de sus mayores alcances intelectuales y artísticos, no la de la satisfacción de sus necesidades animales. Por otra parte, bastantes estudios han supuesto que el clima de las zonas costeras del sureste fue más húmedo en la antigüedad que ahora (e.g., Ramos Millán 1981: 244). Sin embargo, los escasos datos polínicos que tenemos (resumidos por López García [1978]) y la correspondencia que existe entre la vegetación potencial de la región bajo condiciones modernas (Freitag 1971) y los macro-restos botánicos recuperados de los yacimientos prehistóricos (e.g., Schoch & Schweingrüber 1982) tienden a la

conclusión de que el clima prehistórico y el de hoy fueron bastante semejantes. Los contrastes en el medio ambiente entre las zonas áridas y húmedas del sureste pueden darnos, por lo tanto, un punto de partida útil para la investigación evolucionista del desarrollo cultural millarense/argárico.

Que la base económica de las culturas prehistóricas del sureste de España es la agricultura, se ha sabido desde el siglo pasado (Siret & Siret 1887). Las muestras paleobotánicas y paleozoológicas obtenidas en las excavaciones más antiguas demuestran que los agricultores de los poblados del Cobre y del Bronce explotaban una variedad de plantas y de animales que coincide con las especies principales cultivadas en los tiempos recientes (Arribas 1968). El estudio sistemático de la fauna procedente de las excavaciones más recientes nos permite ver el desarrollo de la ganadería desde el Neolítico al Bronce. Estas series demuestran una intensificación progresiva de la explotación ganadera (véase el Cuadro 1): en el Neolítico predominan los ovicápridos; durante el Cobre aumenta la proporción de ganado vacuno; y durante el Cobre final y el Bronce hay un porcentaje importante de caballos. Ahora bien, el ganado vacuno y caballar es útil no sólo para la

CUADRO 1.—PORCENTAJE POR PESO DE LAS ESPECIES DE FAUNA DE IMPORTANCIA ECONOMICA DE LOS YACIMIENTOS DEL NEOLITICO AL BRONCE DEL SURESTE DE ESPAÑA

Yacimientos \ Especies	<i>Equus</i>	<i>Bos</i>	<i>Ovis/ Capra</i>	<i>Sus</i>	<i>Cervus</i>	N (Kg)
NERJA						
Neolítico 1	0,0	33,5	48,6	14,8	3,2	5,26
Neolítico 2	0,0	31,1	58,6	9,1	1,2	1,67
MONTEFRIO						
Neolítico 2	6,2	30,2	30,3	13,9	19,4	3,13
Cobre	0,0	40,6	16,4	21,1	22,0	3,41
LABORCILLAS						
Cobre	0,0	42,3	38,9	11,7	7,0	9,95
TERRERA VENTURA						
Cobre	0,6	30,5	33,7	17,7	17,5	32,42
CERRO DE LA VIRGEN						
1, Cobre	1,9	32,4	27,3	36,1	2,4	51,26
2, Cobre	15,9	35,0	25,9	18,0	4,3	259,41
3, Bronce	27,6	37,8	21,0	9,8	3,6	90,29
CUESTA DEL NEGRO						
Bronce	4,1	66,2	15,9	11,9	2,0	62,17
CERRO DE LA ENCINA						
Bronce	61,0	16,5	12,8	8,3	1,4	106,50

Datos calculados de: Boessneck & Driesch, 1980; Driesch, 1972; Driesch & Kokabi, 1977; Driesch & Morales, 1977; Lauk, 1976, Uerpmann, 1979.

alimentación, sino también para la tracción (véase la *Revolución de los Productos Secundarios* de Sherratt [1981]). La manutención de animales adultos capaces de contribuir en sus fuerzas a las labores de los hombres representa una inversión considerable del trabajo para un provecho diferido. Si este cambio en la ganadería estuviera acompañado (como en otras partes de Europa) por la introducción del arado, una inversión de trabajo en la tierra también se vería implicada. El hecho de que los conjuntos faunísticos recuperados en las tumbas colectivas del Cobre tengan unas proporciones de *Bos* aún mayores que las de las series de los poblados (Driesch 1973) indica que estos animales revestían una importancia ritual no inferior a su valor como instrumentos duraderos para la producción.

La recuperación reciente de restos paleobotánicos ha sido menos sistemática que la recuperación paleozoológica, pero también permite ver la intensificación de la agricultura. Las muestras de la Cueva de los Murciélagos (Zuheros) y de la Cueva de Nerja (Hopf & Muñoz 1972, Hopf & Pellicer Catalán 1971) indican el cultivo de la cebada (*Hordeum vulgare*) y del trigo emmer (*Triticum dicoccum*). Las muestras, todas de excavaciones más antiguas, recuperadas en yacimientos del Cobre y del Bronce indican el predominio de trigos más desarrollados (*Triticum aestivum*), de varias especies de leguminosas, y del lino. También se ha sugerido que la introducción de la arboricultura, en particular del olivo, hubiera ocurrido durante el Cobre o el Bronce del sureste (Aparicio Pérez 1976, Gilman 1976). No hay pruebas de que los restos encontrados en varios yacimientos de Almería procedan de árboles cultivados, pero los abundantes huesos de aceituna recuperados en el poblado contemporáneo de Zambujal (Hopf 1981) tienden a confirmar la hipótesis de que la explotación intensiva del olivo en la Península Ibérica empezó durante el tercer milenio a. C. Por otra parte, los datos disponibles indican que entre el Neolítico y el Bronce se produjo en el sureste una intensificación y diversificación de los cultivos.

Este desarrollo puede explicar también los cambios en los patrones de asentamiento documentados en el registro prehistórico del sureste. La escasez de poblados Neolíticos al aire libre sería reflejo de un género de vida relativamente móvil basado en la práctica de una agricultura de barbecho largo. Los poblados Neolíticos no debieron caracterizarse, pues, ni por una arquitectura permanente ni por contar con los niveles de ocupación espesos que suelen atraer al arqueólogo, pasando casi desapercibidos excepto en los yacimientos de cueva donde los arqueólogos expresamente los han buscado. Durante el Cobre y el Bronce una agricultura basada en el arado, la arboricultura, y una mayor variedad de cultivos anuales más productivos habría permitido el establecimiento de poblados más duraderos, con restos más sustanciosos y más visibles en términos arqueológicos.

Durante el Cobre y el Bronce en el sureste deben haber existido con-

trastes climáticos importantes entre las zonas costeras áridas y las interiores húmedas. Sin embargo, el registro arqueológico disponible demuestra pocas diferencias paleo-económicas entre las dos zonas. Es verdad que la proporción de *Bos* es mayor y la de *Ovis/Capra* menor en Los Castillejos (Montefrío) y Los Castellones (Laborcillas), ambos con más de 500 mm., de precipitación anual, que en el Cerro de la Virgen (300 mm.) o en Terrera Ventura (250 mm.), pero hasta en las zonas más áridas abundan el cerdo y la vaca, especies ambas que necesitan agua a diario. Esta falta de contraste en los resultados arqueológicamente visibles de la agricultura entre las zonas áridas y húmedas del sureste podría apoyar los argumentos de quienes menosprecian los contrastes climáticos entre las dos zonas en la época prehistórica; pero una misma falta de contraste en los cultivos del sureste húmedo y árido existió durante las épocas históricas premodernas del sureste (Gilman & Thornes 1984: 46-47), cuando el clima era idéntico al de hoy. Por lo tanto, es lógico suponer que tanto en la prehistoria como en la historia premoderna los agricultores de las zonas áridas pudieron llegar a resultados parecidos a los de los agricultores de las zonas húmedas, porque sabían compensar la falta de lluvia con el regadío.

Los argumentos favorables a la hipótesis hidráulica en relación con la agricultura del Cobre y del Bronce del sureste han sido resumidos por Chapman (1978): entre ellos resaltan la presencia en la zona árida de cultivos como el lino (que requiere más de 450 mm. de lluvia por año [J. M. Renfrew 1972: 124]) y la acequia descubierta por Schüle (1967) en el Cerro de la Virgen. En 1977-1980, para ampliar la base del estudio económico de la prehistoria del sureste, empecé (con la colaboración del Prof. John B. Thornes de la Universidad de Bristol) un programa de análisis para documentar sistemáticamente la ubicación de una muestra de los poblados prehistóricos de las zonas áridas y húmedas del sureste del Neolítico al Bronce con respecto a los recursos agrícolas que les rodean. Bajo el principio del menor costo, base de un tal análisis, los poblados en los que se hubiera practicado una agricultura hidráulica deberían tener una concentración de tierra regable en sus alrededores inmediatos mayor que la de los poblados en los que se hubiera practicado el cultivo de secano. Nuestros métodos y los detalles de nuestro análisis están publicados en otro lugar (Gilman & Thornes 1984), pero en resumidas cuentas nuestros resultados (que llegan a unos niveles estadísticamente significativos) son los siguientes:

1. Todas las ocupaciones Neolíticas de la zona húmeda dentro de nuestra muestra se encuentran en cuevas y en abrigos. Todas están en zonas donde predomina el cultivo de secano. Los yacimientos de época determinada Neolítica son muy escasos en la zona árida (cf. Mercader 1970). Faltan completamente yacimientos fidedignos del Neolítico de cerámicas

impresas, pero los pocos poblados atribuibles a la aun hipotética Cultura de Almería (poblados que también pueden interpretarse como ejemplos de un Millarense temprano o empobrecido [cf. Arribas 1967]) están siempre orientados hacia el regadío. Parece que la ocupación agrícola de las zonas áridas del sureste fue retrasada hasta que se hubieron desarrollado unas técnicas hidráulicas suficientes para contrarrestar los problemas impuestos por el clima.

2. Los poblados de la Edad del Cobre son ocupaciones al aire libre y tanto en las zonas húmedas como en las áridas son predominantemente de larga duración. Los poblados de las zonas áridas están orientados hacia el regadío, mientras que los de las zonas húmedas tienen una preponderancia de tierras de secano en sus alrededores inmediatos. Este contraste claro en la ubicación de los yacimientos ocurre a pesar de que en las zonas de mayores precipitaciones, por haber más agua, hay más regadío. Ello implica que en las zonas áridas, aquéllas que demuestran una mayor complejidad social, la producción agrícola dependía de sistemas más intensivos que en las zonas húmedas, en las cuales las desigualdades sociales eran menores.

3. Durante la Edad del Bronce los poblados de ambos sectores climáticos del sureste están orientados hacia el regadío. La agricultura hidráulica se extiende, por lo tanto, desde las zonas donde es esencial hacia aquellas donde es simplemente útil (para estabilizar las cosechas y extender la temporada de crecimiento). Las posiciones exageradamente defensivas de los poblados argáricos también producen un aumento en la concentración de tierras incultivables en los alrededores inmediatos de los poblados.

El *site-catchment analysis*, junto con los datos paleozoológicos y paleobotánicos disponibles, indica que en el sureste de España la evolución social hacia una mayor complejidad está acompañado por una intensificación progresiva de los sistemas de producción agrícolas.

PROCESOS

No es sorprendente que el desarrollo de las desigualdades sociales en el sureste de España coincida con la intensificación de las bases subsistenciales de la economía. Esta asociación se da en todas las secuencias bien documentadas en las cuales se observa un aumento claro en la complejidad social. Sin embargo, esta correlación universal ha sido objeto de explicaciones muy diversas. Un resumen breve no puede hacer justicia a la división de opiniones ni a los matices de las numerosas teorías que han sido presentadas por las

muchas autoridades que han abordado el tema, pero en términos generales podemos distinguir dos puntos de vista predominantes: uno que pone su mayor énfasis en la integración funcional de las sociedades que han experimentado este desarrollo conjunto y otro que subraya las divisiones y los conflictos que ocurren en el seno de tales sociedades (Haas 1982; cf. Gilman 1981).

La posición mayoritaria es la funcionalista, según la cual una organización social jerárquica es necesaria para proporcionar la dirección y la seguridad esencial para el desarrollo estable de una actividad subsistencial intensificada. “El jefe, —dice Sahlins (1972: 140)— crea un bien colectivo que supera la concepción y la capacidad individual de los grupos domésticos que constituyen la sociedad. Instituye una economía pública de mayor alcance que la de la suma de sus partes familiares”. Los servicios que los dirigentes proporcionan a sus súbditos pueden abarcar la construcción y el manejo de obras hidráulicas (Wittfogel 1957), la organización del intercambio interior o exterior (de la redistribución o del comercio) (Sahlins 1958), el mando en la conquista del *Lebensraum* necesitado por el pueblo (Carneiro 1970), la provisión de un seguro contra el fracaso de las cosechas o contra cualquier otro desastre de mayor escala (Halstead & O’Shea 1982), o alguna combinación de estas posibilidades (cf. Service 1975). Estas teorías administrativas del surgimiento de la estratificación social pueden aplicarse al caso del sureste español. Según Ramos Millán (1981: 247), por ejemplo, durante la época de Los Millares “la redistribución estratificada obtendría unos beneficios que se harían comunales y que se distribuirían de manera igualitaria en la comunidad”. Mathers (1984: 29-30) da varios ejemplos en estos beneficios: “la inversión en una jefatura institucional” determinaría una mejora en “la programación y la movilización de las fuerzas del trabajo”, en “la protección contra las privaciones individuales y colectivas”, en “la organización de estrategias defensivas y vengativas”, y en “la propiciación de un comercio interregional mejor organizado y a mayor escala”.

En vez de cuestionar “¿Para qué sirven los jefes?”, el punto de vista conflictivo con respecto al desarrollo pristino de las sociedades de clases pregunta, “¿Cómo consiguen los jefes establecer su poder?”. Individuos con ambiciones para ellos mismos y para sus descendientes no faltan en ninguna sociedad. En las sociedades que dependen de sistemas extensivos de producción, el engrandecimiento de estos ambiciosos no conduce a la estratificación. Pero donde la sociedad depende de sistemas de producción subsistenciales con inversiones de capital importante, los jefes aspirantes consiguen la imposición de un poder permanente (al nivel de grupo). La explicación positiva del desarrollo de una élite es que los jefes obtienen su poder porque son necesarios para la administración de un sistema de producción complejo. La explicación negativa es que el desarrollo de sistemas intensivos de

producción ofrece a los que aspiran a ser jefes el punto de apoyo necesario para poder explotar de una manera permanente a otras familias.

Según el punto de vista conflictivo, el desarrollo de unos sistemas de cultivo intensificados habría cambiado la estructura social del sureste de España, no porque su operación exigiera una administración permanente, sino porque las inversiones necesarias para establecer y extender tales sistemas permitiría el recaudamiento fiable de una renta de los cultivadores. En su discusión de la importancia del regadío para la "Revolución Urbana" en el Cercano Oriente y en Mesoamérica, Adams (1966: 54) observa que "los sistemas de regadío constituyen unas inversiones de capital que limitan o restringen el acceso a los recursos primarios para la producción y que tienden a concentrar en las manos de un segmento social limitado las posibilidades de producir una demasía de riqueza desplegable". En un contexto análogo Childe (1951: 90) señaló el mecanismo esencial por el cual la intensificación de la agricultura permite la explotación del campesino: "[en el Cercano Oriente] un capital en forma de trabajo humano se había invertido en el suelo. Este gasto amarró a los hombres a la tierra; no podrían renunciar fácilmente al interés que sus obras rendirían". Un orden social igualitario se mantiene como tal porque los grupos sociales se pueden dividir con facilidad. Si no dependen de unas inversiones fijas de capital para producir lo que les haga falta, los miembros de un grupo pueden abandonar a un jefe cuyas exigencias lleguen a ser insostenibles (cf. Carneiro 1968). Pero en el sureste árido de España durante la Edad del Cobre, el capital invertido en las presas y en las boqueras, en las acequias, en los bancales, etc., sería esencial para mantener los niveles de producción necesarios y, por lo tanto, los insatisfechos no podrían sustraerse a las imposiciones de los ambiciosos. El costo de pagar una renta sería menor que el de abandonar los ingresos diferidos de sus inversiones agrícolas.

Al mismo tiempo que el desarrollo de la intensificación agrícola debió cambiar las relaciones entre los jefes y sus seguidores dentro de cada grupo social, cambiarían también las relaciones entre los diversos grupos. La inversión progresiva del trabajo humano en la tierra crearía unos bienes raíces de gran valor, tanto para los inversores como para otros. Como dice Cowgill (1975: 517) "más riqueza quiere decir que una sociedad (o por lo menos su élite) tiene más que ganar al conquistar a sus vecinos ricos; pero también quiere decir que la riqueza propia de una sociedad está sujeta a la codicia de sus vecinos". El capital una vez creado tendría que defenderse, pero su mismo valor haría difícil limitar las ambiciones de los defensores. Los esfuerzos de los agricultores para aumentar su seguridad material (al construir sistemas hidráulicos), reduciría en cambio, su seguridad social, al hacer posible la institución de un sistema de gangsterismo.

ANALOGIAS

El estado presente de nuestro conocimiento de la prehistoria del sureste no nos permite distinguir entre las teorías positivas y negativas del desarrollo de la complejidad social en la secuencia millarene/argárica. La explicación gerencial tiene el defecto empírico de que faltan en el registro arqueológico disponible todos los testimonios materiales que suelen citarse como indicaciones de una administración central de la sociedad: no hay almacenes para la redistribución, ni obras públicas de gran escala, ni jerarquías de asentamiento. El comercio se limita, según parece, a unas cantidades pequeñísimas de materiales de lujo prescindibles. El paisaje económico del sureste de España durante el Cobre y el Bronce es, como el de toda Europa, demasiado primitivo para apoyar la tesis funcionalista sobre el desarrollo de la desigualdad: los administradores de orden superior tendrían muy poco que administrar. Por otra parte, la tesis conflictiva del desarrollo social del sureste también carece de datos críticos. Está apoyada por la concentración de la complejidad en las zonas donde la intensificación agrícola sería más necesaria y por el aumento conjunto de las desigualdades y del militarismo, pero las subdivisiones cronológicas de la secuencia en el sureste son demasiado rudimentarias y los datos paleoeconómicos demasiado dispersos para confirmar la prioridad de la intensificación de la agricultura sobre la emergencia de las desigualdades, una prioridad que la teoría presupone. De la misma manera que el registro arqueológico no se dirige claramente a la administración (la clave de la posición funcionalista), tampoco se dirige a los cambios en la tenencia de los bienes raíces, tema que está en la base de la posición conflictiva. A base de los datos disponibles en el momento actual, el mérito relativo de las posiciones de las teorías funcionalistas y conflictivas del desarrollo autóctono de las culturas del sureste ha de decidirse no tanto por el acuerdo con el registro que cada uno pueda tener como por la verosimilitud de los procesos que cada teoría invoca, no por su empirismo, sino por su realismo.

Si el mayor mérito del registro arqueológico es que sus espacios temporales son suficientemente amplios para permitirnos ver el desenlace de los procesos históricos, su mayor debilidad radica en el carácter rudimentario de sus testimonios, que puede llevar a unas formulaciones poco realistas de esos procesos. La teoría de que la emergencia de una clase de jefes en una sociedad previamente igualitaria es debida a los servicios públicos de los dirigentes es una de esas formulaciones procesuales que carecen de realismo. En estos últimos años una serie de estudios detallados de casos bien documentados (e. g., Butzer 1976; Earle 1977, 1978; Glick 1970) ha desmantelado las versiones hidráulicas y comerciales/redistribucionales de la

explicación funcionalista, y la versión bélica apenas tiene más crédito (Gilman 1981: 3). El problema clave en todos estos casos es que, aun cuando los jefes dirigen las actividades que en principio deben servir a sus seguidores (y muchas veces ni participan en ellas), esa dirección no es para el bien común, sino para su propio provecho. Los jefes solo sirven a la comunidad cuando sus servicios coinciden con sus intereses. Como dice Marx (1967: 12) en un contexto semejante: “no por ser jefe industrial un hombre llega a ser capitalista; al contrario, llega a ser jefe industrial porque es un capitalista”.

La versión conflictiva del desarrollo de las desigualdades también puede considerarse una simplificación excesiva de unos procesos históricos complejos (e.g., Lewthwaite 1981). Como no tenemos datos arqueológicos probatorios sobre las actividades de los jefes prehistóricos del sureste, no podemos aliviar estas dudas directamente. Un estudio de casos etnográficos e históricos (cuya documentación detallada impone un cierto realismo a sus intérpretes) puede, sin embargo, permitirnos ver si los argumentos procesuales que hemos expuesto son aceptables provisionalmente. No pretendemos haber llevado a cabo un estudio sistemático de sociedades con unos sistemas de producción intensiva y de política acéfala (análogas a las de las sociedades del Cobre y del Bronce Europeo), pero al menos dos casos etnográficos pueden citarse como apoyo a la posición conflictiva.

En el presente etnográfico documentado por David Montgomery Hart (1976), los Beni Urriaguel (Aith Waryaghar) del Rif de Marruecos eran una sociedad acéfala que practicaba una agricultura mediterránea normal, de cereales y de árboles, dentro de la cual el regadío era muy importante. La institución política dominante entre los Aith Waryaghar era la pugna de sangre entre las facciones segmentarias (los *liff*). Una ideología fuertemente igualitaria prohibía la categorización abierta de las distinciones de clase, pero existían diferencias grandes en las tenencias de la tierra, y los grandes propietarios desempeñaban el papel de patrones de sus clientes aparceros. La jefatura política estaba en manos de los consejeros de la tribu, los *imgharen*. El poder de un *amghar* se medía por “1) su propia valentía física; 2) el número de sus agnados, afines, aliados del *liff*, u otros partidarios, y del número de rifles que éstos poseían; y 3) su riqueza y recursos personales” (Hart 1976: 284). Como jefes de sus *liff*, los *imgharen* fomentaban las riñas entre las facciones, pero al mismo tiempo restringían los conflictos: protegían a los forasteros a cambio de un honorario, arreglaban pactos entre los *liff*, e imponían multas para castigar los crímenes cometidos durante los días de tregua de mercado. “Una ideología igualitaria intensa; una rivalidad intensa para ser consejero, una rivalidad arraigada en la competencia por la tierra; el principio de la ayuda propia llevada a su extremo lógico, la riña de sangre; la desconfianza intensa de todos entre todos; y la destitución com-

pleta y el exilio para los que hubieran asesinado a otro miembro de la tribu durante el día del mercado, el único día de paz decretado: éstas eran las marcas de ley de la política de los Aith Waryaghar" (Hart 1976: 293). El caso de los Aith Waryaghar esclarece, entonces, cómo una agricultura intensiva estimula unas rivalidades y unos conflictos de los cuales se benefician los proveedores pudientes de una violencia eficiente. Como dice Hart 1976: 445), "un *amghar* con éxito entre los Aith Waryaghar a nada se parece tanto como a un *capo mafioso*". Son estos pudientes y violentos los que consiguen, bajo circunstancias idóneas, consolidar su poder y extender su influencia a sectores más amplios de la vida de Marruecos (cf. Gellner 1981).

Los Ifugao y los Kalinga del sur, tribus vecinas de las montañas del norte de Luzón, también son sociedades acéfalas que practican una agricultura intensiva, el sistema de arrozales aterrizados y encharcados (complementados por el cultivo de rozas y la explotación de los bosques), magníficamente documentado por Conklin (1980): En el presente etnográfico descrito por Barton (1922, 1949, 1969) y Dozier (1966), los Ifugao y los Kalinga estaban organizados en cognaciones bilaterales centradas sobre cada individuo. Ambos grupos presentaban una diferenciación interna considerable con respecto a la riqueza, y ambos reconocían explícitamente distinciones de clase. Los miembros de la clase superior (los *kadangyan*) poseían más tierra de la que podían cultivar ellos mismos y cedían una parte de sus tenencias en aparcería a miembros de la clase pobre. En Kalinga, por lo menos, los pudientes debían actuar como patrones de sus clientes arrendatarios (según Barton [1949: 106], debían "vengar al arrendatario y ayudarlo cuando hubiese una muerte, un matrimonio o una enfermedad en su familia"). Un sistema de primogenitura modificada mantenía a las tierras dentro de las familias y contribuía a esa estabilidad en la propiedad que es condición necesaria para la conciencia de clase. Las disputas, que muchas veces surgían sobre la posesión, las lindes o el riego de los arrozales, habían de resolverse por los partidarios mismos, y naturalmente estos desacuerdos muchas veces llevaban a matanzas y cazas de cabezas, orgullo y regocijo de los Ifugao y de los Kalinga. Cada individuo tenía la obligación de ayudar a su parentela en esas disputas (y podrían ser, al tiempo, blanco de la venganza de los enemigos de sus parientes). Como se solapaban las cognaciones a las cuales cada uno tenía la obligación de prestar su ayuda, algunos individuos podían encontrarse en posiciones contradictorias, y esto creaba una presión para que un árbitro *monkalun* en Ifugao, *pangat* en Kalinga) efectuase una reconciliación a cambio de un honorario. Barton (1949: 148) nos explica que en la selección de un *pangat* "los factores principales eran su riqueza, su linaje, su parentesco con otros *pangats*, su carácter, su capacidad cooperativa, su equidad, su capacidad retórica, y sobre todo su fama como persona peligrosa". En estos casos, como en el de los Aith Waryaghar, pode-

mos ver, entonces, cómo una agricultura intensiva promueve la rivalidad por la tierra, estimula las diferencias de riqueza, y termina por generar la violencia. En todos estos casos, a quienes se confía el aliviamiento de la violencia son los mismos que proveen la violencia con la máxima eficacia.

Eggan (1969: xvii) ha defendido que los Kalinga y los Ifugao pueden contribuir a la comprensión de las sociedades de los bárbaros europeos porque tanto éstos como los otros tenían sistemas de parentesco bilaterales. Pero no es el parentesco sino la inversión de capital en la tierra lo que nos proporciona el hilo procesual común. Entre los Ifugao y los Kalinga, bilaterales, como entre los Aith Waryaghar, agnáticos, o los Argáricos, sea cual fuese su sistema de parentesco, una base subsistencial intensificada abre las posibilidades de establecer un gangsterismo eficaz.

BIBLIOGRAFIA

- ADAMS, R. McC. 1966: *The Evolution of Urban Society*. Chicago: Aldine.
- APARICIO PÉREZ, J. 1976: *Estudio Económico y Social de la Edad del Bronce Valenciano*. Valencia: Ayuntamiento de Valencia.
- ARRIBAS, A. 1967. La Edad del Bronce en la Península Ibérica. En: J. M. GÓMEZ-TABANERA, ed. *Las Raíces de España*, pp. 85-108. Madrid: Instituto Español de Antropología Aplicada.
- . 1968. Las bases económicas del Neolítico al Bronce. En: M. TARRADELL, ed. *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*, pp. 33-60. Barcelona: Vicens-Vives.
- BARTON, R. F. 1922. Ifugao economics. *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 15 (5).
- . 1949. *The Kalingas*. Chicago: University of Chicago Press.
- . 1969 [orig. 1919]. *Ifugao Law*. Berkeley: University of California Press.
- BOESSNECK, J., & A. VON DEN DRIESCH. 1980. Tierknochenfunde aus vier südspanischen Höhlen. *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel*, 7: 1-83.
- BUTZER, K. W. 1976. *Early Hydraulic Civilization in Egypt*. Chicago: University of Chicago Press.
- CARNEIRO, R. L. 1968. Slash-and-burn cultivation among the Kuikuru and its implication for cultural development in the Amazon basin. En: Y. COHEN, ed. *Main in Adaptation: The Cultural Present*, pp. 132-145. Chicago: Aldine.
- . 1970. A theory of the origin of the state. *Science* 169: 733-738.
- CHAPMAN, R. W. 1975. Economy and society within later prehistoric Iberia. Tesis doctoral, Universidad de Cambridge.
- . 1978. The evidence for prehistoric water control in south-east Spain. *Journal of Arid Environments* 1: 261-274.
- CHILDE, V. G. 1951. *Man Makes Himself*. Nueva York: Mentor.
- CONKLIN, H. C. 1980. *Ethnographic Atlas of Ifugao: A Study of Environment, Culture, and Society in Northern Luzon*. New Haven: Yale University Press.

- COWGILL, G. L. 1975. On causes and consequences of ancient and modern population change. *American Anthropologist* 68: 505-525.
- DOZIER, E. P. 1966 *Mountain Arbiters*. Tucson: University of Arizona Press.
- DRIESCH, A. VON DEN. 1972. Osteoarchäologische Untersuchungen auf der Iberischen Halbinsel. *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel* 3.
- . 1973. Tierknochenfunde aus dem frühbronzezeitlichen Gräberfeld von "El Barranquete" Provinz Almería, Spanien. *Säugetierkundliche Mitteilungen* 21: 328-335.
- . M. KOKABI, 1977. Tierknochenfunde aus der Siedlung "Cerro de los Castellones" bei Laborcillas/Granada. *Archäologie und Naturwissenschaften* 1: 129-143.
- . A. MORALES, 1977. Los restos animales del yacimiento de Terrera Ventura (Tabernas, Almería). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma de Madrid* 4: 15-34.
- EARLE, T. K. 1977. A reappraisal of redistribution: complex Hawaiian chiefdoms. En: T. K. EARLE & J. E. ERICSON, eds. *Exchange Systems in Prehistory*, pp. 213-229. Nueva York: Academic Press.
- . 1978. Economic and social organization of a complex chiefdom: the Halelea district, Kaua'i, Hawaii. *Anthropological Papers, Museum of Anthropology, University of Michigan*, 63.
- EGGAN, F. 1969. Forword. En: BARTON (1969).
- FREITAG, H. 1971. Die natürliche Vegetation des südostspanischen Trockengebietes. *Botanische Jahrbücher* 91: 147-308.
- GEIGER, F. 1973. El sureste español y los problemas de la aridez. *Revista de Geografía* 17: 165-209.
- GELLNER, E. 1981. *Muslim Society*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GILMAN, A. 1976. Bronze Age dynamics in southeast Spain. *Dialectical Anthropology* 1: 307-319.
- . 1981. The development of social stratification in Bronze Age Europe. *Current Anthropology* 22: 1-23.
- . J. B. THORNES, 1984. *Land Use and Prehistory in South-East Spain*. Londres: George Allen & Unwin.
- GLICK, T. F. 1970. *Irrigation and Society in Medieval Valencia*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- HAAS, J. 1982. *The Evolution of the Prehistoric State*. Nueva York: Columbia University Press.
- HALSTEAD, P. & J. O'SHEA. 1982. A friend in need is a friend indeed: social storage and the origins of social ranking. En: C. RENFREW & S. SHENNAN, eds. *Ranking, Resource and Exchange: Aspects of Early European Society*. pp. 92-99. Cambridge: Cambridge University Press.
- HART, D. M. 1976. *The Aith Waryaghar of the Moroccan Rif: An Ethnography and History*. Tucson: University of Arizona Press.
- HOPF, M. 1981. Pflanzliche Reste aus Zambujal. *Madriider Beiträge* 5 (1): 315-340.
- . A. M. MUÑOZ. 1974. Neolithische Pflanzenreste aus der Höhle Los Murciélagos bei Zuheros (Prov. Córdoba). *Madriider Mitteilungen* 15: 9-27.

- M. PELLICER CATALÁN. 1970. Neolithische Getreidefunde in der Höhle von Nerja. *Madrid der Mitteilungen* 11: 18-34.
- LAUK, H. D. 1976. Tierknochenfunde aus bronzezeitlichen Siedlungen bei Monachil und Purullena (Provinz Granada). *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel* 6.
- LEWTHWAITE, J. 1981. Comment on Gilman. *Current Anthropology* 22: 14.
- LÓPEZ GARCÍA, P. 1978. Resultados polínicos del Holoceno en la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria* 35: 9-44.
- MATHERS, C. 1984. Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practice in southeastern Spain. En: T. F. C. BLAGG, et al., eds. *Papers in Iberian Archaeology*. pp. 13-46. Oxford: BAR International Series 193.
- MARX, K. 1967 (orig. 1867). *Capital*, vol. 1. Nueva York: International Publishers.
- MERCADER, A. 1970. Panorama arqueológico de la provincia de Almería. *Pyrenae* 6: 39-42.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. 1983. *Prehistoria de Granada*. Granada: Editorial Don Quijote.
- RAMOS MILLÁN, A. 1981. Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6: 203-256.
- RENFREW, C. 1967. Colonialism and Megalithism. *Antiquity* 41: 276-288.
- RENFREW, J. M. 1973. *Palaeoethnobotany*. Londres: Methuen. SAHLINS, M. D. 1958. *Social Stratification in Polynesia*. Seattle: University of Washington Press.
- 1972. *Stone Age Economics*. Chicago: Aldine.
- SCHOCH, W. & F. H. SCHWEINGRÜBER. 1982. Holzkohlenanalytische Ergebnisse aus der bronzezeitlichen Siedlung Fuente Alamo. *Archäologisches Korrespondenzblatt* 12: 451-455.
- SERVICE, E. R. 1975. *Origins of the State and Civilization*. Nueva York: W. W. NORTON.
- SERRATT, A. 1981. Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution. En: I. HODDER, et al., eds. *Pattern of the Past: Studies in Honour of David Clarke*, pp. 261-305. Cambridge: Cambridge University Press.
- SIRET, H. & L. SIRET. 1887. *Les Premiers Ages du Metal dans le Sud-Est de l'Espagne*. Amberes.
- SIRET, L. 1906. Orientaux et occidentaux en Espagne aux temps préhistoriques. *Revue des Questions Scientifiques*, pp. 529-582.
- UERPMMANN, H. P. 1979. Informe sobre los restos faunísticos del corte n.º 1. En: A. ARRIBAS & F. MOLINA. *El Poblado de "Los Castillejos" en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada): Campaña de Excavaciones de 1971, El Corte Núm. 1*. pp. 153-168. Granada: Universidad de Granada.
- VILÁ VALENTÍ, J. 1961. La lucha contra la sequía en el sureste de España. *Estudios Geográficos* 22: 25-44.
- WITTFOGEL, K. 1957. *Oriental Despotism*. New Haven: Yale University Press.